


## PAPAS Y EL ORÁCULO

El autor ha escrito esta farsa siguiendo muy libremente la línea argumental de LA LENA, de Alfonso Velázquez, una deliciosa comedia para lectura que este notable poeta y prosista compuso allá por el 1600, con indudables influencias de EL DECAMERÓN y LA CELESTINA.

Emilio Granero Sancho.


  
MINISTERIO  
DE  
INFORMACION Y TURISMO

Subsecretaría :	1
Dirección General :	2
	3 CULTURA POPULAR Y ESPECTACULOS
	4
Sección :	5 PROMOCION TEATRAL
Negociado :	6 CONTROL Y LICENCIAS
	7

Fecha y ref.  
Madrid a 13 de Junio de 1972, PC 2973-72

Vista su instancia de fecha 8 del presente mes, esta Dirección General ha resuelto autorizar la representación de la obra titulada "PAPPAS Y EL ORACULO", de Emilio Granero, al grupo de teatro Meridil, en la sala "Fausto" de Manises, bajo las normas condicionales que al dorso del presente escrito se especifica.

Dios guarde a Vd. muchos años  
EL DIRECTOR GENERAL  
FD

  
*[Handwritten signature]*

A: Sr. D. Emilio Marín Tortosa.- Rafael Atard, 12-7º  
MANISES (Valencia)

Mod. 794

## **PAPAS Y EL ORÁCULO**

(Farsa en cuatro cuadros)

### PERSONAJES

Celestio, tonsor, el fingido adivino.  
Pappas Dodonio.  
Eurice, hija de Pappas  
Helena, esposa de Pappas e hija de Filemón.  
Filemón Pirreo.  
Timotea, partera y ornatrix, entre otras cosas.  
Andrómeda, viuda de Tesifón.  
Silas Tesifonio, hijo de Andrómeda.  
Calícrates de Alejandría.  
Antusa, hermana de Calícrates  
Euforbio, esclavo mudo.  
Pajecillo.  
Cortejo nupcial.  
Maleteros.



*Plazuela de una ciudad griega, en la que fue provincia Acaya, y a punto de acabar el siglo III de nuestra Era. El fondo de la plazuela lo forman tres casas patricias, alineadas frente al espectador y numeradas con cifras romanas. En el nº 1 vive PAPPAS, en el 2 FILEMÓN, y en el 3 ANDRÓMEDA. Hay en primer término dos casas más humildes y de una sola planta: la nº 4 en el lateral derecha, con escalera exterior a la terraza; y en la nº 5 –lateral izquierda–, donde vive TIMOTEA.*

*Se oscurece la sala y empieza a sonar una música de flauta y laúd. Sube el telón. PAPPAS DODONIO, de 50 años, viudo hasta hoy, padre de una hija, viene de celebrar su himeneo con HELENA, joven de 20 años, hija de su vecino FILEMÓN PIRREO. Junto a la desposada, marcha PAPPAS DODONIO, inflado de vanidad dentro de su túnica de mangas largas, bajo ampuloso manto; lleva en la frente una corona de mirto, y un bastoncillo de marfil en la mano izquierda (su atributo de Cónsul de Lonjas y Mercados). La desposada viste manto y velo de ritual, y va coronada con flores de naranjo. Ella está triste y él está sonriente. Por la opuesta esquina, llega de pronto un anciano barbado y tosco, ciego al parecer (del que después sabremos que se hace llamar Tiresio el Adivino). Su ropa es pobre y lleva en la cabeza el “tutulus”, un alto gorro cónico de lana. El Adivino levanta su báculo con ademán imponente, y el cortejo se detiene. Vemos al ADIVINO mimando unas frases, sin duda un vaticinio nefasto para PAPPAS, que, después de un expresivo gesto de tribulación, intenta en vano articular palabras, y cae al fin en brazos de algún acompañante. SILAS, hijo de ANDRÓMEDA, desde la esquina de TIMOTEA, se retuerce de risa. Cesa la música. Toda esta pantomima sucederá bajo una luz azulada de irreales sugerencias. OSCURO.*

*PAPPAS, delante de su puerta, bajo la luz de un foco.*

Pappas

Soy Pappas Dodonio, un hombre muy desgraciado. Os contaré lo que me pasa, puesto que habéis venido a verme. Hace cinco días que me he casado con Helena, la hija de mi vecino Filemón. Acababa de desposarme, cuando se acercó al cortejo uno de esos adivinos que pululan por Grecia, y me dijo estas terribles palabras: “Si antes de un año tu esposa concibiera de ti, este hijo será el que te dé la muerte”. Yo, que venero a las instituciones de mi patria, he decidido seguir el consejo del oráculo, pues éste dimana de un dios, y un dios es mucho más que un sabio. *(Se oscurece Pappas y la luz incide ahora sobre una ventana del piso superior, a la que asoma Helena)*

Helena

Soy Helena, la esposa de Pappas. Mi padre me ha casado con este hombre contra mi voluntad; pero aún estoy entera gracias a Tiresio el adivino... que bien adivina quién es ese tal Tiresio. No soy feliz, aunque al menos podré dormir tranquila por un año. Sospecho que he dado con el marido más celoso del Imperio. No me deja salir de mis

apostentos si no es para hacer mis devociones. *(Por el OSCURO de la calle cruzan dos siluetas masculinas)* Ahora pasa Silas, el hombre que a mí me gusta. *(Se oscurece esta ventana y se alumbra otra, a la que asoma EURICE)*

Eurice Soy Eurice, la hija de Pappas. Tengo diecisiete años y estoy enamorada de Demetrio, ese que ahora pasa acompañado de su hermano. *(Suspira)* ¡Mi padre me mataría si me viese mirar a un hombre! Por eso no consiente que salga de mi casa si no es para acompañar a Helena. *(OSCURO)*

*Luz de día sobre la escena. CELESTIO el barbero, antiguo esclavo de la casa Tesifón, acaba de dar una moneda a TIMOTEA; ésta se acerca a la casa de PAPPAS mientras el barbero recoge su tenderete y se marcha.*

Pappas Pero yo, señores, soy de aquellos que creen que el amo debe guardar su viña. Por eso he pedido a mi viejo amigo Solón el Sabio, me envíe desde Corinto a cierto discípulo suyo que, además de docto, dicen que es eunuco, cualidad ésta que estimo en mi casa más que la sabiduría. Y al propio tiempo que educa a mi hija, guarda mi honor de los peligros de la calle; porque yo soy un hombre de negocios y debo salir a menudo. ¡Pero cuánto tarda ya ese dómine! *(OSCURO)*

*TIMOTEA se acerca a PAPPAS. Un foco se proyecta sobre ambos. Ella quiere entrar en la casa, luego de haberle enseñado a Pappas cierto potingue. Pappas se niega, ella insiste, y él, después de recriminarla, la derriba al suelo. Por el OSCURO ha venido CALÍCRATES, envuelto en un suave tañer de nabla [laúd egipcio], y el mentor levanta a la mujer derribada; ésta le besa luego la mano y se marcha sacudiéndose la ropa, después de echar sobre Pappas una mala mirada. El mentor se dirige a Pappas. Acaba el mimo. Luz en la escena.*

Calícrates ¿Eres Pappas Dodonio?  
Pappas Sí. ¿Y tú quién eres?  
Calícrates Calícrates de Alejandría.  
Pappas ¿Se llaman así todos los entrometidos?  
Calícrates Lo ignoro, señor.  
Pappas ¿Qué quieres de mí?  
Calícrates He venido a ponerme a tu servicio.  
Pappas ¿Eres el recomendado de Solón?  
Calícrates En efecto. Estas son sus cartas.  
Pappas ¡Mi buen amigo Solón! *(Lee las cartas)* ¡Hum! Dudo si admitirte. Llegas y enseguida te singularizas como un indiscreto metomentodo.  
Calícrates Creo que es el primer buen servicio que te presto. En personas de tu calidad no está bien vista la ira.  
Pappas ¿Por qué tratas de enmendarme? No es de mí de quien te has de ocupar, sino de las dos mujeres de mi casa.  
Calícrates Tenía entendido que era una.  
Pappas Pues ahora son dos: mi hija y mi mujer. Acabo de casarme por segunda vez.  
*(Mirándole con lástima)* ¿Es posible? Solón me elogiaba tu buen

sentido.

Pappas Eso era hasta que conocí a Helena.

Calícrates No veo diferencia entre unas y otras.

Pappas Es natural que no la veas. (*Calícrates gruñe*) ¡Si pudieras entender cómo pesa una viudez!

Calícrates Sólo creo que el tedio es un gran enemigo.

Pappas Sí...

Calícrates La mayor parte de los patricios o ricos desea o tiene una mujer hermosa como quien tiene un caballo.

Pappas El amor difícilmente renuncia a sus placeres.

Calícrates Tentaciones vergonzosas.

Pappas De esas tentaciones ningún hombre normal puede liberarse.

Calícrates Bien. ¿Me admites o no?

Pappas Déjame pensarlo.

Calícrates Mira que si no me admites te obligas a darme un sueldo y un viático.

Pappas ¿Eres tan competente en humanidades como en derecho laboral?

Calícrates Más, si cabe.

Pappas Entonces, quédate.

Calícrates Traigo una hermana.

Pappas Entonces, vuélvete. (*Calícrates va a protestar*) Lo siento, no pude reprimirme. ¡Se me hace muy duro el vivir rodeado de mujeres!

Calícrates Señor, ella no tiene otra madre. Mi techo y mi lecho dáselos a ella.

Pappas (*Preocupadillo*) ¿No será tu concubina?

Calícrates ¡Señor!

Pappas (*Sonriendo*) Me olvidaba de...

Calícrates (*Con tristeza*) No es cosa para olvidar.

Pappas Bien. El informe de Solón es bueno. Dice que eres virtuoso; y aunque tu virtud sea el resultado de una incapacidad, es ésta sin embargo la clase de virtud que más exigiré al hombre que meta yo en mi casa. (*Poniéndole una mano en el hombro*) La misión que voy a encomendarte es muy delicada.

Calícrates ¿La enseñanza del sánscrito?

Pappas ¡La custodia de mi honra!

Calícrates (*Impresionado*) ¡Oh!

Pappas ¿Aceptas?

Calícrates Pongo por testigo al dios que más estimes, de que yo guardaré tu honor con la lealtad de un pero, así de día como de noche.

Pappas Deja la noche de mi cuenta.

Calícrates Ahora, señor, déjame ver si ha llegado mi equipaje. Traigo un arca en la que guardo mis mejores libros y mis mejores ropas.

Pappas ¿Dónde quedó esa arca?

Calícrates Debe de estar en casa del consignador.

Pappas ¿Y tu hermana?

Calícrates ¡Antusa! (*Obediente a esta voz, dobla la esquina una joven vestida con una prenda de lino enrollada al cuerpo y tocada con un fino chal que le vela casi toda la cara*) Antusa: este es el noble Pappas. (*Antusa se inclina levemente*)

Pappas (*Recelosillo*) ¿Eres verdaderamente una mujer?

Calícrates Creo que es obvia tu pregunta. (*Pappas gruñe*)

Pappas Me gustaría verte la cara. (*Antusa hace un gesto negativo*) Sois nuevos aquí y no estáis obligados a saber nuestras costumbres. En esta ciudad están mal vistas las tapadas.

Calícrates Las tapadas siempre están mal vistas. (*Pappas vuelve a gruñir*) ¿Lo hacéis por razones de higiene? Sepas que Antusa se baña a diario.

Pappas Bueno... lo hacemos por razones de higiene política, para ser más exactos. No se sabe a ciencia cierta si debajo de una tapada hay un cristiano. (*Mira fijamente a Calícrates*) ¿Qué eres tú?

Calícrates Enemigo de las supersticiones.

Pappas En Acaya cada egipcio es un sospechoso. Se dice que hay allá un tal Dionisio que ha embaucado al país.

Calícrates Ese santo..., digo, ese hombre ya murió.

Pappas En confianza: mi mujer es medio cristiana.

Calícrates ¡Hola! ¿Conque de ideas avanzadas?

Pappas En algo ha de ocuparse una mujer. Yo la dejo; al fin y al cabo el cristianismo es la menos dañina de las osadías.

Calícrates Opino como tú.

Pappas No lo hagas porque soy tu amo. (*Invitándoles a entrar*) Pasad al zaguán. Luego os aposentaré en aquella casa (*Señala la nº 4*), donde podrás vivir con tu hermana, a excepción de las horas que me sirvas.

Calícrates Pero... ¿y mi arca?

Pappas Olvida el arca. ¡Mi honor, mi honor es lo que debe preocuparte!

Calícrates Puedes ya mandarme.

Pappas En primer lugar te prevengo contra aquella bruja.

Calícrates ¿Por qué la trataste tan mal? Parecía buena.

Pappas Tú no sabes de qué enredos es capaz.

Calícrates ¿Tienes algún indicio de que viniese a enredar?

Pappas Tengo cincuenta años, una esposa de veinte y una hija de diecisiete.

Calícrates Eso debiera hacerte muy feliz.

Pappas Pues no me hace, sino que es la fuente de mi infelicidad. (*Se queda pensativo*)

Calícrates Estás tentando al destino.

Pappas Sólo aspiro a que me amen.

Calícrates El amor hay que ganarlo.

Pappas Ellas tienen cuanto hay que tener. (*Pausita*) Bueno, casi todo. (*Vehemente*) ¡Daría la mitad de mi riqueza por inspirar una gran pasión!

Calícrates Lo más sobresaliente de tu carácter es la vanidad.

Pappas ¡Si supieras cuánto sufro por lo que no he gozado!

Calícrates (*Luego de titubear*) Dime... ¿Por qué pegabas a aquella mujer?

Pappas Me ofrecía un brebaje.

Calícrates ¿Y eso es malo? (*Pappas guarda silencio*) ¿Qué te ofrecía?

Pappas Me da rubor.

Calícrates ¿Un tinte para las canas? (*Papas niega*) ¿Algún aceite para el lumbago? (*Idem*) ¿Una pomada para los juanetes? (*Idem*) ¿Entonces, qué?

Pappas ¡Un afrodisíaco! (*Y su puño hiende el aire, en un arrebató de cólera y de vergüenza*)

Calícrates ¡Si lo mío pudiera arreglarse con afrodisíacos! (*Pappas tiene baja la cabeza*) De todos modos hiciste mal en pegarle. ¿Quién sabe si la pobre tiene hijos o nietecillos que alimentar?

Pappas Calla, calla...

Calícrates No cargaría yo sobre mi conciencia semejante peso. (*Pappas regruñe*) La caza del pan justifica los peores oficios.

Pappas ¡Basta! He contratado un dómine y no un predicador. ¡Vuelve a replicar y te sacudo!

Calícrates No está bien pegar a un licenciado. Y te advierto que eso hoy se castiga.

Pappas Si no lo supiera, tu pasividad me revelaría que eres un capón. *(Mirándole)* Y aun así, no acabo de fiarme. *(Girando a su alrededor)* Eres joven, no mal parecido, y te expresas bien. *(Midiéndole de arriba abajo)* ¿Serás de verdad eunuco? *(Calícrates se arremanga la túnica)* Aquí, no. *(Calícrates se eclipsa detrás de la puerta y vemos como Pappas asiente, satisfecho. Luego vuelve al portal, frotándose las manos, seguido de Calícrates)*

Calícrates ¿Te has convencido?

Pappas Me aflige haber desconfiado de Solón... y de ti.

Calícrates No te aflija eso. Se te nota a la legua que estás celoso.

Pappas ¿Yo celoso? *(Fuerza una risita)*

Calícrates ¡Si no te lo reprocho!

Pappas Es posible que hayas acertado. *(Cogiéndole por el codillo)* Creo que será justo añadir diez cobres a tu sueldo por vigilar bien mi casa cuando yo me ausente.

Calícrates Te lo agradezco porque los necesito. Pero no valen custodias si la mujer no quiere.

Pappas Cierto.

Calícrates Se ha dicho que ningún marido debe dormirse en las pajas.

Pappas Una verdad muy grande.

Calícrates Incluso al propio Júpiter se la pegó su esposa.

Pappas Celebro que nos vayamos entendiendo. ¡Quedas admitido! *(Dándole una llave)* Ve a instalar a tu hermana, pero vuelve enseguida, porque tengo que salir. ¿Te han dicho que soy el Cónsul Mayor de las Lonjas de Acaya?

Calícrates ¿Eso eres, señor?

Pappas Sí.

Calícrates En mi país se matarían las mujeres por casarse con un Cónsul.

Pappas Y aquí también. Pero yo ya no soy joven. *(Se arregla los pliegues de la túnica)* Ya me marchó. No dejes que las mujeres de mi casa se asomen a la ventana, y aún menos bajen a la puerta. Las mujeres son fantasiosas y siempre esperan ver pasar por la calle algún guapo galanteador.

Calícrates Noble Dodonio, todas no son iguales.

Pappas Obedece y no discutas.

Calícrates Déjalo de mi ingenio.

Pappas Todo es poco para que una mujer no se asome a la ventana. *(Marcha y vuelve de sus pasos)* Una última advertencia: no subas a sus aposentos si estimas la vida.

Calícrates La estimo

Pappas Particularmente al de mi mujer.

Calícrates ¿Si ella me lo rogara?

Pappas ¡Con mayor motivo!

*CALÍCRATES se inclina, hace una indicación a ANTUSA para que le siga, y con la llave en la mano se dirige a la casa nº 4. OSCURO. PAPPAS queda solo, bajo la luz de un foco.*

Pappas Quedo relativamente tranquilo. No sería fácil encontrar en Grecia un hombre más idóneo que Calícrates el eunuco, persona pura y poco

maliciosa... Aunque, ¿quién sabe hasta qué punto la imaginación femenina es capaz de explotar una pureza de tal especie? (*Medita un poco*) Menos aún me conviene meter en casa una sirvienta. En la mujer va el germen de la alcahuetería. (*Pausita*) ¿Qué es lo mejor, oh dioses? Noto que vuelvo a perder mi relativa tranquilidad. Dudo, y así, escapo de Escila para dar en Caribdis... ¡Ay! Nadie se case viejo con mujer joven, a menos que sea turco. No hay gusto que pueda compensar el tormento que se pasa... Sobre todo cuando la esposa sigue invulnerada a los cinco días de la boda. (*OSCURO*)

*Ha pasado un día. Se ilumina la plazuela. El ADIVINO que se hace llamar Tiresio, golpea con su báculo la puerta de PAPPAS. Al instante CALÍCRATES asoma las narices por el postigo.*

Calícrates ¿Quién eres?  
Adivino Tiresio, el adivino.  
Calícrates ¿Qué quieres?  
Adivino Vengo a recordar cierta profecía al dueño de esta casa, un tal Pappas Dodonio, si es que no equivoqué la puerta.  
Calícrates No la has equivocado. Él no está; así que márchate. (*Va a cerrar pero el adivino mete en el hueco la punta de su báculo*) Quita tu palo, buen hombre; no hagas que me enoje.  
Adivino Tu acento es docto y foráneo. Hablas el griego mejor que nosotros.  
Calícrates ¿De qué país eres?  
Adivino De Alejandría. Y ahora quita tu palo y vete con Dios.  
Calícrates ¿Con cuál?  
Adivino Con todos y con ninguno.  
Calícrates En tu tierra hay cristianos. Cada egipcio es un sospechoso.  
Adivino Soy un enemigo de cualquier superstición.  
Calícrates ¿Debo entender superstición por religión?  
Adivino Entiéndelo como quieras. ¿Qué debo decir a mi amo?  
Calícrates Amo es una servil palabra.  
Adivino Concrétate a responderme.  
Calícrates Dile que he venido yo, Tiresio, el adivino. Él entenderá.  
Adivino ¿Puedo cerrar la puerta?  
Calícrates Los dioses de Gracia te harán medrar si me permites subir a las habitaciones de la bella... digo, de la virtuosa Helena. (*Un cenobita sale ahora de la casa de Filemón, acompañado de éste. El adivino señala al cenobita*) Es lamentable que los gobernantes toleren el culto de esta secta.  
Calícrates ¿Qué secta? (*Sale al portal a una indicación del adivino*) La transigencia en materia religiosa es propia de los políticos hábiles.  
Adivino ¡Hay un bando del Prefecto!  
Calícrates Ahora que caigo: ¡tú ves!  
Adivino Yo no veo: adivino.

*En este momento FILEMÓN da una moneda al CENOBITA; éste la besa cuatro veces y la guarda en su faltriquera.*

Cenobita Gracias, en nombre de los cristianos de Jerusalén  
Filemón Vete ya, ¡porra!, y no pares en mi puerta. ¡Si alguien va con el soplo a Maximiano...!



Cenobita ¿Qué temple es ése, Filemón? Lo peor que puede ocurrirte es que acabes siendo un mártir.

Adivino *(Terciando)* ¿Y eso es bueno?

Cenobita Para mí lo quisiera yo.

Adivino Guarda, pues, que voy a la prefectura.

Filemón *(Cerrándole el paso)* ¡No!

Cenobita ¡Déjale, Filemón! Nada mejor puede acaecer a un cristiano que morir por la gloria de Dios.

Adivino Una bonita frase.

Filemón Verdaderamente, no me seduce morir por nadie.

Cenobita *(Encarándose al adivino)* ¿Quién diablo eres?

Adivino Un oráculo.

Cenobita Un farsante dirás.

Adivino Tu Dios me envía para que te lleve al Orco.

Cenobita Mi mal solo puede enviármelo el diablo.

Filemón ¡Por favor... no se enzarcen!

Adivino *(Poniéndole una mano sobre el hombro de Filemón)* Filemón, apártate de las necias supersticiones de la secta cristiana, o –¡por nuestros dioses!– yo mismo te pondré debajo de los leones.

Cenobita ¡Dies irae!

Adivino ¡Trúpita anafre!

Cenobita ¡Demonio de mediodía!

Filemón ¡Quedad con Dios! *(Va a retirarse)*

Cenobita ¿Dónde vas?

Filemón Vuelvo a mi casa. Debo confesarte con honda vergüenza que temo a las fieras más que a Dios.

Cenobita A un buen cristiano no hay tormento que le haga renegar.

Adivino Los latiguillos de siempre. *(A Filemón)* Considera, Filemón, que eres prohombre y la ciudad se mira en ti. No te conviene juntarte con estos cristianos.

Cenobita No cierres los ojos a la luz verdadera.

Adivino Sean nuestros dioses el único objeto de tus cultos.

Filemón Me hacéis vacilar.

Cenobita Vuelvo a recordarte la conversión milagrosa del Centurión Cornelio.

Adivino Reflexiona bien lo que éste quiere que desprecies y el mal que por ello puede sobrevenirte.

Filemón *(Muy confuso, se encomienda a Calícrates)* ¿Qué me aconsejas, noble joven?

Calícrates No definirse. Hemos nacido demasiado tarde, o quizá muy temprano.

Filemón *(Al Cenobita)* Soy muy viejo, Tiburcio... ¿De qué podría ya serviros? ¿Qué ganaríais los cristianos con mi mal? *(Besándole el Crucifijo)* Yo bien quisiera condescender con tus deseos, pero...

Cenobita ¿Pero qué?

Filemón Que arriesgo mi vida.

Cenobita ¿Y qué es la vida?

Filemón Y mis bienes.

Cenobita ¿Qué son los bienes?

Filemón Si me hago cristiano incurro en la desgracia del Prefecto.

Cenobita ¿Tanto temes a un mortal? ¡Teme más la cólera del cielo!

Filemón Bien quisiera yo, pero temo más la del Prefecto. No obstante yo seguiré dando las limosnas que señala la Iglesia.

Cenobita Preferiría que mudases de parecer.

Filemón Quiero hacer méritos. (*El Cenobita refunfuña*) Tal vez muy pronto se imponga vuestra causa. (*Silencio*) ¿Seguirás aceptando mis limosnas?

Cenobita (*Después de pensarlo*) Sí. Aunque sin la cualidad de cristiano poco vale ser caritativo. (*Dalmacio traza la señal de la cruz*) In nómine Patris... (*Todos están de rodillas, incluso el Adivino. El Cenobita se aleja*)

Calícrates (*Al Adivino, extrañado*) ¿Qué clase de adivino eres? A la señal de la cruz, doblaste la rodilla.

Adivino El poder de la inercia. (*Se sacude la túnica*) Hablo de una fuerza aún desconocida.

Filemón Nunca te vi en la ciudad antes de la boda de mi hija. Sin embargo tu cara me es familiar.

Adivino No es raro que me hayas visto en sueños. Vuelve a tu casa y guárdate del contacto con los cenobitas. (*Filemón va a retirarse*) ¿Te vas sin darme un óbolo? (*Filemón le entrega una moneda de mala gana*) Y tú, joven, recuérdale a tu amo mi profecía. (*Se marcha el Histrión haciendo el ciego. Su báculo golpea el suelo mayestáticamente mientras se hace el OSCURO. Suena una suave música y la luz vuelve gradualmente al escenario*)

*La placita está desierta. Sale DEMETRIO de su casa con un "keras" [trompeta curva] entre las manos, y se detiene dando suspiros ante la ventana de EURICE.*

Demetrio ¡Ay Cupidito, cómo me duele tu flecha envenenada! ¡Y no obstante, qué dulcemente me duele! (*Se lleva la trompeta a los labios, pero renuncia a tocarla*) Tengo diecinueve años, puedo arrojar a cien pasos una jabalina y mancornar un buey de cuatro años. Pero tú me has vencido. Venciste incluso a Hércules, atándole a una rueda. No existe hombre ni animal, por rudo o salvaje, que no se amanse al contacto de tu flecha. (*Suspira*) ¡Y gracias, después de todo! ¿Qué sería de los enamorados si tú no alimentases sus corazones? (*Se lleva a los labios el keras, cuando aparece su madre acompañada de un pajecillo*)

Andrómeda ¡Demetrio! ¿Por qué me huyes, hijo? (*Demetrio agacha la cabeza*) Comprendo muy bien cuál es tu pena; pero es mejor que tú me la digas. Tal vez yo pudiera remediarla.

Demetrio Sólo hay una que podría hacerlo. (*Indica la ventana con ademán desfallecido*) Pero me veo como Tántalo, mirándola sin alcanzarla.

Andrómeda Vuelve a casa.

Demetrio ¿A morirme de tristeza?

Andrómeda A descansar en tu madre.

Demetrio Sólo muriendo descansaría. (*Con cruel regodeo*) Dicen que va a haber guerra con gentes del norte. ¡Allá iré a dejarme ensartar por una lanza! (*Abrazándole*) ¡No!

Andrómeda Sí, madre; será lo mejor. Sin Eurice no quiero la vida. ¡Más vale que un bárbaro me la quite!

Andrómeda ¡Antes me la quitarás tú a mí! (*Demetrio cree ver a Eurice y, desprendiéndose de su madre, se pone a tocar el keras bajo la ventana*) ¡Ay madre desdichada! (*Demetrio vuelve a soplar*) ¿Cómo voy a poder sola contra una locura tan grande? (*Nuevo soplado*) ¡Y contra una ciudad entera, que se va a mofar de mi hijo! (*Otro soplado*) ¡Porque tú estás loco de atar, hijo mío!

Demetrio ¿Loco? ¡Lo mío es un mal de muerte!

Andrómeda ¡Nadie se muere de amor!  
 Demetrio ¡Sí se muere, porra! (*Pausa tensa*)  
 Andrómeda (*Poniendo miel en sus palabras*) Hijito... Si considerases las cosas juiciosamente, verías que no hay nada imposible; incluso volver a reír, aunque el amor no sea correspondido...  
 Demetrio (*Cortándole*) Un consejo propio de quien ya perdió las apetencias.  
 Andrómeda (*Revolviéndose*) ¡Tengo treinta y nueve años!  
 Demetrio ¡Y yo diecinueve! ¡A mi edad estabas repleta de felicidad!  
 (*Percatándose que su madre tiene los ojos llenos de lágrimas*)  
 Perdóname, madre. (*Le besa las manos, dejándole entre ellas la trompeta*) ¡Adiós!

Andrómeda ¿A dónde vas?  
 Demetrio (*Sonriendo*) Pierde cuidado, que no voy a la guerra.  
 Andrómeda Ni aún de broma te lo admito. No olvides que aún estás bajo mi potestad.  
 Demetrio No lo olvido. (*Mira la ventana otra vez y se aleja suspirando por una esquina*)

*Se suaviza la luz del escenario. Vuelve a oírse quedamente la flauta y el laúd. Un foco violeta a contraluz, recorta la figura de ANDRÓMEDA, un tanto hierática, que recita sin dejar de la mano la trompeta. Tiene al pajecillo en sus pies, como un gozque.*

Andrómeda ¡Cuánto envidia a las hindúes, que se hacen quemar con el marido muerto! Cuerda costumbre, porque no pierde tanto el difunto que se va como la viuda que se queda. ¡Y qué de fastidios hemos de aguantar las viudas! No hay murmuración que se detenga ante una toca: si vas limpia y arreglada, eres tenida por frívola; si llevas poco aliño, por negligente, hipócrita o tacaña, cuando no por las tres cosas. Y si tienes hijos, ¿hay trabajo comparable al de cuidarlos y educarlos, pasando malos días y peores noches, enderezando sus cuerpos y sus almas como a ramas tiernas, conservando y aumentando si es posible el patrimonio, que luego disipan al ser mayores? (*Va a secarse una lágrima, pero lo hace embarazadamente por causa de la trompeta*)  
 ¡Tristes madres viudas! ¡Vidas enajenadas! ¡Corazones sin consuelo!  
 ¡Regazos va... (*La interrumpe la voz de Celestio, que llega con las ropas, las barbas y el báculo del adivino en la mano. Cesa la música. La luz total vuelve al escenario*)

Celestio Señora, beso la hebilla de tu sandalia.  
 Andrómeda Celestio, no sabes cuánto me alegra verte.  
 Celestio Tu cara no es precisamente de alegría.  
 Andrómeda Mi cara no conoce el disimulo. (*Suspirando*) ¡Ay Celestio!... Estoy tan cansada de este mundo como si lo llevase a cuestas. ¡La vida me pesa como el plomo!

Celestio No puedo creerlo. Una señora tan noble y tan... tan hermosa.  
 (*Carraspea*) Tan honrada, tan estimada, tan rica... Con dos hijos que son copias de Cástor y Pólux...

Andrómeda ¡Qué engañados estáis envidiando mis bienes aparentes!  
 Celestio He vivido en tu casa.  
 Andrómeda Entonces vivía Tesifón. Pero ahora llevo sobre mí más trabajos de los que puede una mujer. (*Suspira*) Yo pensaba: "Mis hijos serán hombres y podré descansar en ellos". Y cuando ya lo son, echan nuevas

pesadumbres sobre mis hombros.

Celestio Siento oírte eso. ¿Es que pelean entre sí por alguna cuestión de intereses?

Andrómeda Peor.

Celestio ¿Es que hay cosa peor entre hermanos?

Andrómeda Su vida disipada acabará conmigo.

Celestio Son mozos, señora mía; y por muy disipadamente que viva, un Tesifonio siempre será un caballero.

Andrómeda No tienes tú poca culpa.

Celestio ¡Válgame Dios... digo, los dioses!

Andrómeda Más de una vez les llevaste por mal camino.

Celestio Ten por bueno cualquier camino que no lleve a Sodoma.

Andrómeda Eres un bribón. (*Le da la trompeta*)

Celestio Un bribón que te estima. (*Sopla*)

Andrómeda Bueno estaría, después que te he criado.

Celestio (*Le besa la mano*) Fuisteis padres para el esclavo. Y aunque es cierto que debo mi libertad al difunto Tesifón, no es menos cierto que me la dio a condición de hacerle la barba gratuita y vitaliciamente. Sin embargo, gracias. (*Nuevo beso*)

Andrómeda Ya que has nombrado a mi marido, yo te pido por su memoria que me ayudes a curar a Demetrio del mal de amores.

Celestio Del mal de amoríos le he ayudado a curar muchas veces. No sé cómo se me dará en el mal de amores; pero haré la prueba. ¿Quién es ella?

Andrómeda Eurice.

Celestio ¿La hija de Dodonio? (*Andrómeda afirma*) Creo que vamos a pinchar en hueso. No hay en Acaya hombre más celoso y enrevesado que este Pappas. (*Queda pensando*)

Andrómeda ¿Entonces...?

Celestio ¡Un ataque al flanco!

Andrómeda No veo eso muy claro.

Celestio Pappas ama tanto a su mujer que nada le negará a su suegro. Pongamos a éste de nuestra parte.

Andrómeda El caso es que Filemón...

Celestio ¿Qué?

Andrómeda Ese vejete me desnuda con los ojos. (*Suspirando resignada*) ¡Todo sea por la salud de mi hijo!

*ANDROMEDA, apoyada en el hombro del pajecillo, sigue a CELESTIO, que se acerca a la puerta de FILEMÓN y llama dos veces a la aldaba. Contesta el grito gutural de EUFORBIO.*

Euforbio (*Desde dentro*) ¡Aug!

Celestio (*Al público*) Es el esclavo Euforbio. De niño le cortaron la lengua.

Euforbio (*Abriendo la puerta*) ¡Aug!

Celestio Euforbio, ya conoces a nuestra honorable vecina. Dile a tu amo que ella desea hablarle.

Euforbio (*Invitándoles a pasar*) ¡Aug! (*Entran Andrómeda y el Pajecillo. Celestio, antes de pasar, deja sus disfraces en el portal y pone la trompeta en las manos de Euforbio, que la mira y sonríe*) ¡Aug! (*La suena y vuelve a entrar a la casa de su amo. OSCURO. Vuelve rápidamente la luz*)

*Calícrates está leyendo, mientras hace la guardia sentado en un*

peldaño. SILAS y TIMOTEA le acechan desde la esquina.

Silas Es menester que averigües si el marido está en casa.  
Timotea ¡Bien caros le haré pagar aquellos golpes!  
Sila Si ese guarda es tan tonto como parece, a la próxima será la carta.  
Timotea Sólo hay un modo de saber si es tonto. Voy a adularle. (*Dirigiéndose a Calícrates*) Si eres tan sabio como bondadoso, cuenta ya con los celos de Minerva. (*Calícrates levanta la cara, acusando la lisonja*) ¿Qué libro lees?  
Calícrates “La rebelión de las masas”.  
Timotea No sé qué son masas, noble joven. ¿Cuál es tu nombre?  
Calícrates Calícrates.  
Tomotea Nombre sin hiel, nombre dulce. Un nombre tan hermoso como tu corazón. (*Calícrates va a protestar, ruborizado*) Y no lo digo porque me librate ayer de los dientes de ese perro de tres cabezas. Yo sería muy dichosa si supiera cómo corresponderte.  
Calícrates Yéndote en paz, buena mujer.  
Timotea ¿Qué se te apetece?  
Calícrates Soy muy sobrio.  
Timotea ¿Ropas? ¿Perfumes?  
Calícrates Soy muy austero.  
Tomitea ¿Mujeres?  
Calícrates No quiero mujeres.  
Timotea ¿Entonces, hombres? (*Calícrates se la queda mirando fijamente*) Perdóname. ¿No serás un diácono? Si lo fueses, acuérdate alguna vez de mí en tus oraciones.  
Calícrates Si yo creyera en ellas, todas juntas serían poco para mitigar el descontento de Dios por mi persona. Tampoco veo claro el concepto de Dios, pero pido que este me ponga en el camino. Sin embargo confío en la buena voluntad de los hombres, e incluso les permito que recen por mí si lo desean. (*Transición*) Y ahora, ¿qué esperas, buena mujer?  
Timotea Ni tan buena ni tan sabia como tú. (*Con risita melosa*) ¿Ha salido tu amo?  
Calícrates Sí. Y no te valdrá haberme lisonjeado.  
Tomitea ¿Llamas lisonjas a las verdades?  
Calícrates No soy tonto. Tú lo que deseas es cruzar este portal.  
Timotea En efecto.  
Calícrates Lástima de tanto empeño, porque no te ha de servir de nada.  
Timotea Es preciso que yo hable cuatro palabras con Helena.  
Calícrates No es posible. Me han mandado que nadie pase, particularmente alcahuetas como tú.  
Timotea ¿Alcahueta? (*Ríe*) ¡Por los dioses, qué importancia dais a los nombres! De llamarme embajadora, tendría francas todas las puertas. (*Vehemente, toma una mano al preceptor*) ¡Calícrates, tú eres justo! Aunque fuese alcahueta, ¿no comprendes que puede la necesidad obligarme a este oficio por no caer en otro peor? (*Calícrates rezonga*) Después de todo, me gano el pan con el sudor de mi frente.  
Calícrates No es bueno sudar por una causa tal vil. (*Timotea finge secarse las lágrimas*) Sin embargo, me das lástima. ¿Tienes familia que mantener?  
Timotea ¿Familia? ¡Doce hijas! Cuatro de ellas viudas y cargadas de criaturitas... sin otro amparo que yo, ni otras manos que...

Calícrates (Cortándole) ¿Es que no trabaja ninguna de las doce?  
Tomotea ¿Te parece poco trabajo ser viuda y pobre? (Llora a todo trapo) ¡Ay! Y ahora el desalmado Pappas me impide llegar a su santa mujer, ayuda de los menesterosos, ánima bendita, corazón de oro, paño de lágrimas...

Calícrates No sigas, que se me abren las entretelas. (Timotea se suena la nariz)  
Bien. Yo veré de ablandar a mi amo.

Timotea ¿Ablandar con palabras a una roca? ¡Ni lo sueñes! A semejante bárbaro no le pediría una sed de agua. Si lo puedo alcanzar de Helena, bien; si no, que el alma de Dodonio se pudra en los infiernos. (Disponiéndose a marchar) Queda en paz; pero antes deja que te bese esas manos.

Calícrates (Escondiéndose) ¡No, buena mujer!... Eso me afrenta mucho.  
Timotea ¡Quita allá!  
Calícrates ¡Si no he hecho nada por ti!  
Timotea Me has compadecido (Al fin Calícrates se deja besar la mano y cierra el postigo, quedando a la parte de dentro) Este infeliz se ha tragado lo de mis doce hijas.

*TIMOTEA va hacia SILAS, que la espera sonriente en la esquina. CELESTIO sale de casa de FILEMÓN (donde ha dejado a la viuda), recoge del portal su disfraz de adivino, y se dirige al encuentro de SILAS y TIMOTEA.*

Silas Eres genial, Timotea.  
Tomotea Pues esto no es más que un ensayo. Y ahora os dejo, porque no es conveniente que nos vean juntos. La gente ata cabos de nada. (Se mete en su casa, después de guiñar un ojo)

Celestio No le falta razón.  
Silas Por lo que veo, confías seriamente en esta alcahueta.  
Celestio En su especialidad, que son las dolencias eróticas, Timotea está a la altura de Esculapio.

Silas Si no hace como esos médicos, que pensando en la ganancia, no acaban de curar los males. (Celestio hace mientras un atadillo con los disfraces y los cuelga de la punta del báculo. Silas saca una carta de su escarcela) He escrito esta carta de amor. (Celestio la toma y lee sin prisa) ¿Qué tal?  
Celestio (Devolviéndole la carta) Haría llorar a una piedra.  
Silas Tú eres de carne y no lloras.  
Celestio Maricón sería. Pero no te apures: si a la primera no, a la segunda saltará la chispa; si no, a la tercera. Me figuro que detrás de aquella ventana hay mucha estopa.

*Viene DEMETRIO de vagar por las calles, cruza la plazuela y se detiene, dando suspiros, bajo la ventana de EURICE. Luego, más melancólico si cabe, se retira a su casa. Esta breve escena estará ilustrada con un fondo de música antigua. SILAS y CELESTIO la han observado con sonrisa burlona.*

Silas ¿Qué te parece? ¿Creerá mi hermano que tiene a Cupido exclusivamente a su servicio?  
Celestio ¡Bah! Los primeros amores, por poco que duren, suelen siempre



contra.

Celestio ¡En amor se ama y basta!

Silas ¿Y tú?

Celestio Tengo veinticinco años.

Silas ¿Quién es ella? (*Celestio levanta la barbilla hacia la casa de Antusa*)  
¿La egipcia? (*Celestio afirma y Silas ríe*)

Celestio ¿Comprendes por qué sentía vergüenza?

Silas Yo en tu caso dejaría en paz a esa muchacha.

Celestio ¿Te importa?

Silas Me importas tú. (*Pausita*) ¿La harías tu esposa? (*Celestio calla*) Tiene un hermano, y los egipcios son extremadamente celosos. (*Silencio*)  
¿Pretendes seducirla? (*Celestio afirma sonriendo*) Creo que no la quieres lo suficiente.

Celestio Tanto mejor. Eso me hará su dueño y no su esclavo.

Silas (*Riendo*) ¡Es notable tu gramática! (*Pausita*) ¿De modo que no te avergüenza poseer y sí amar a una gitana? (*Silencio*) ¿Y no te avergonzaría amar a una mujer de noble sangre?

Celestio Desde luego. En ese caso no por ella, sino por mí. Los nobles es mejor que mezclen sus sangres; los plebeyos ya nos apañamos con las nuestras. (*Pausa*)

Silas Demasiado tarda mi madre.

Celestio Como Filemón es también viudo... (*Silas le clava los ojos*) Bromeaba, señor. (*Silas le vuelve la espalda*) La dejé en casa de Filemón para que trataran ambos con más libertad el asunto de tu hermano.

Silas Ahí sale.

*El viejo FILEMÓN despide cortésmente a ANDRÓMEDA, que cruza la puerta acompañada de su paje, que lleva el "keras". A su encuentro se adelanta SILAS.*

Andrómeda Bien hallado el perdido.

Silas Nunca mejor hallado. (*La besa*) ¿Habéis hablado de mi hermano? (*La Viuda afirma sonriendo*) ¿Buenas noticias?

Andrómeda Filemón tratará el asunto con su yerno.

Silas De Pappas sólo cabe esperar lo peor.

Andrómeda Filemón le conoce la cuerda y estoy segura que sabrá tocarla. Busca a tu hermano. Dile que todo va bien. ¡Ayúdale a recobrar la alegría!

Silas Demetrio está en casa; díselo tú misma. (*Silas besa las manos de su madre y la acompaña hasta su puerta. Después regresa junto a Celestio y le habla al oído*)

*CELESTIO asiente repetidas veces a cuanto le dice SILAS. Este, al final, le da la carta a Celestio, que la toma con una mano, quedándole la otra tendida en vano esperando una propina. SILAS, se tercia el manto y sale de la plazuela por una esquina. CELESTIO, con la carta en el cingulo, se encamina a casa de TIMOTEA, tropezándose con PAPPAS.*

Celestio Me ha defraudado el Tesifonio. Es tan ligero de cascos como su padre y tan tacaño como su madre. (*Choca con Pappas*)

Pappas ¡Asno!

Celestio ¡Cuánto lo siento! (*Le hace una reverencia*)



Pappas ¿Dónde he visto yo tu báculo?  
Celestio En cualquier parte. Toda Grecia está llena de báculos como éste.  
*(Fuerza una risita)* Escucha, Dodonio: yo deseo contarte algo que te alegrará.

Pappas Sólo una cosa podría alegrarme.  
Celestio Me temo que aquel adivino nunca se equivoca. Pero no era de esto que quería hablarte. *(Pausita)* La viuda de Tesifón ha estado en casa de tu suegro.

Pappas ¡Por todos los dioses! ¡Qué libertades se toman las viudas hoy en día!  
¿Qué digo las viudas? ¡Las viudas y las casadas! ¡Vejete pícaro! ¡A saber qué habrán hecho!

Celestio No es lo que piensas.  
Pappas ¡Y los maridos, tampoco anden descuidados!  
Celestio ¡No, no, no...! Ambos son dos viudos honorables, y yo he dicho que deseaba contarte algo que te alegrará. ¿O es que lo que a ti te alegraría de veras es que ellos fuesen muy pecadores?

Pappas *(Mirando hacia el suelo)* Me entristece siempre conocer que hay alguien mejor que yo. *(Transición)* Habla.  
Celestio *(Mimando la cautela)* Hoy, probablemente, quiera tu suegro negociar contigo cierto matrimonio.

Pappas ¿Matrimonio? ¡Así pudiera deshacer el mío!  
Celestio ¿Cómo puedes decir eso, si todos te envidian por tener una mujer rica y hermosa?

Pappas ¿Me envidian? ¡Si supieras qué desdichado soy! Los de fuera sólo miráis la sandalia, sin conocer por dónde aprieta.  
Celestio ¿Sigo?  
Pappas Sigue. *(Súbitamente espantado)* ¡No sigas! ¡Ya sé! ¡Lo que quiere es anular mi matrimonio! ¡Eso es! ¡Y entregarle mi mujer intacta a ese libertino llamado Silas!

Celestio ¡No, no, no...! *(Pappas se va calmando)* Se trata de otra cosa.  
Pappas ¡Dila pronto!  
Celestio Me extraña que, siendo un marido desgraciado, te encrespe tanto la posibilidad de que se anule tu matrimonio.

Pappas ¡Al grano!  
Celestio *(Tendiéndole la mano)* La información vale una pieza de oro. *(Pappas niega con la cabeza)* De plata. *(Repite el movimiento)* De cobre. *(Dándole un cobre)* Habla.

Pappas ¿Serás discreto?  
Pappas *(Nervioso)* ¡Habla!  
Celestio Un joven de noble sangre se muere por tu hija.  
Pappas ¿Cuál es su nombre? *(Silencio)* Indudablemente, es un Tesifonio. ¿Pero cuál? *(Celestio vuelve a extender la mano)* No hay más cobres, que ya me figuro de quién se trata. *(Celestio, tras una leve cortesía, hace ademán de retirarse)* ¡Espera! *(Le ofrece otro cobre a Celestio, que éste rechaza)*

Celestio He de sangrar a un marrano, sacar una muela y rizar unas barbas. Por todos estos trabajos, el honorario de Hipócrates no hubiera bajado de las tres dracmas de plata... ¡en aquel tiempo!

Pappas Ya se conformaría con una.  
Celestio Tres.  
Pappas Dos. *(Celestio le vuelve la espalda e inicia el mutis)* ¡Espera! *(Segue a Celestio)* ¡Tres, y dime el nombre del pretendiente!

Celestio *(Desde fuera)* ¡Atórméntate! *(Se oscurece la escena, y la luz de un foco cae sobre la figura de Pappas)*

Pappas ¡Bien merecido lo tengo, por tratar con plebeyos! ¡Bien merecido!... “¡Atórméntate!”, ha dicho el canalla. ¡Cuánto sabe! “¡Atórméntate!”. ¡Ya vivo atormentado, ya...! *(Se retuerce las manos, mirando a su casa con angustia)* Asegura un imbécil que la serenidad es un síntoma de madurez en el hombre. ¡Nunca debí dejar mi casa! Una voz me lo advertía. “Pappas, los negocios del Consulado no son más importantes que los de tu casa”. *(Mirando las ventanas de su casa)* ¡Un Tesifonio se muere por tu hija! ¡Je! ¡Buen pretendiente, si me lo he de imaginar! Un hermoso tormento por tres simples moneditas. *(Se golpea entrambos puños)* ¿Será Silas? ¿Será Demetrio? ¡Malo de todas formas! Y no fuera lo peor que el uno me cortejase a la hija, sino que el otro pusiera cerco a mi mujer. *(Pausita)* Bien pensado, Pappas, debes felicitarte por no dormir con tu esposa, obedeciendo al oráculo. Es la mejor manera de saber algún día si ella te ha engañado con alguien. *(Apretándose la cabeza)* ¡Maldita carcoma, que no me da descanso! *(Mirando a la ventana de su hija)* Por si fuera poco, esta mosquita muerta viene acarreándome nuevas dificultades. ¿No será todo que ya empieza a acostumbrarse a desobedecerme, pasándose el día en la ventana? Lógicamente, ¿cómo iba ese joven a pretenderla sin haberla visto? *(Mide en la pared su propia estatura y luego se alza de puntillas)* No es posible que Eurice alcance la ventana. *(Se palmea la frente)* ¡Pero hay sillas! *(Sonriendo aviesamente)* ¡Ah! No sería descabellado suponer que todo fuese una pérfida conspiración de la madrastra. ¡Ya lo veo claro! El astuto galán finge amar a mi hija. ¿Para qué? Para tener acceso a mi casa... ¡y engañarme con mi mujer! ¡Esto es lo posible! ¿Lo posible? ¡Lo indudable! ¡Lo seguro! *(Pausita)* ¿De manera que mi suegro y la viuda de Tesifón decidiendo mi destino? Es curioso que asuman el papel de los dioses sin otro designio que el amor al prójimo. Pero no, ¡ella tiene dos hijos mozos! ¿Cuál de los dos será? Hay uno de ellos singularmente odioso, que mira a mi mujer con malos deseos. *(Se golpea la cabeza)* ¡Basta! ¿Cómo han podido tres moneditas encender en mi espíritu tan gran hoguera? ¡Maldito Celestio! ¡Nueve veces maldito! *(Pausita)* ¡No! ¡No es Celestio!... ¡Es mi imaginación! *(Se tira de los pelos)* ¡Mi imaginación! ¡Mi imaginación! ... Y aunque así fuera, ¿acaso no son posibles todas las cosas imaginadas? ¡Siquiera la mitad? ¿O la tercera parte?... Anoche mismo soñé con un novillo. *(Clamando al cielo)* ¡Zeus todopoderoso! ¡Si este es mi destino, dame paciencia! *(Vuelve a iluminarse el escenario. Pappas llama a su puerta)*

Calícrates *(Desde dentro)* ¿Quién es?

Pappas ¡Abre! *(Calícrates obedece)* ¿Qué hacías arribas?

Calícrates ¿Arriba? ¡Por mis muertos, no me he movido de este portal!

Pappas ¡Mientes! *(Olfateándole)* No sé a qué hueles.

Calícrates Supongo que oleré a Calícrates.

Pappas *(Husmeando el aire)* Noto una mezcla de olores, sobre todo a cuero, a cuero sudado, a silla de montar... *(Mirando por los rincones del zaguán)* ¿Dónde se esconde el jinete?

Calícrates ¿Cuál?

Pappas Uno muy gallardo que pasó por la calle.

Calícrates Será otra calle, señor. Por ésta puedo jurarte que no ha pasado ninguno.

Pappas                   ¿Tampoco algún mancebo a pie? (*Calícrates niega*) ¿Soldado? (*Repite el gesto*) ¿Vendedor ambulante? (*Idem*) ¿Nadie?

Calícrates               Nadie, señor. Siento desilusionarte.

Pappas                   (*Vuelve a olfatear el aire*) Sin embargo, huelo a perfume... (*Acerca su nariz a Calícrates*) ¡Al perfume de Helena!

Calícrates               Te engaña tu olfato.

Pappas                   (*Sujetando a Calícrates por la túnica*) ¡Tú eres el que me engaña! ¡Con ella!

Calícrates               Me ofendes, Dodonio. Y también a tu esposa. (*Pappas lo sujeta*) Te consta que, aunque quisiera, no podría.

Pappas                   Con eso, no; pero una imaginación lasciva sabe cómo prescindir de la parte baja del cuerpo.

Calícrates               ¡Pero, Pappas!...

*OSCURO*